

“El neoliberalismo y el Darwinismo social: Reflexiones sobre la Gran paradoja del Siglo XXI”. Carlos Sacanell Ruiz De Apodaca (grado en turismo, grado en antropología social y cultural, master oficial en sociedad de la información y el conocimiento, master oficial en prevención de riesgos laborales, doctorado en antropología social y mundo contemporáneo).

En ciencias sociales, el término paradigma se usa para describir el conjunto de experiencias, creencias y valores que afectan la forma en que un individuo percibe la realidad y la forma en que responde a esa percepción. Los paradigmas son estructuras de experiencia y conocimiento que arraigan en el engranaje social de cualquier comunidad, y por ende, en las estructuras mentales de aquellos individuos que la conforman.

Sin embargo, los paradigmas son finitos en su componente temporal; es decir, la acumulación de experiencias por parte de la comunidad, y del conocimiento asociado a ellas, acaba por desacreditarlos como consecuencia de su obsolescencia, adoptándose en último término paradigmas nuevos cuyo valor instrumental para la comunidad es mayor. No olvidemos que los paradigmas – en su vertiente político-social – tienen un carácter instrumental alienado a la superestructura o estructura final de aquella comunidad que lo adopta.

Los investigadores sociales han adoptado la frase de Kuhn ("cambio de paradigma") para remarcar un cambio en la forma en que una determinada sociedad organiza e interpreta la realidad que la rodea. El "paradigma dominante" se refiere a los valores o sistemas de pensamiento compartidos mayoritariamente por una sociedad estable, en un marco sincrónico determinado. Los paradigmas dominantes son compartidos por el trasfondo cultural de la comunidad y por el contexto histórico del momento.

Con la publicación de la obra maestra de Charles Darwin “El origen de las especies” el 24 de noviembre de 1859, se iniciaba un cambio de paradigma, no solo en las ciencias naturales, sino también en las ciencias sociales y políticas de la época, que con matices y algún que otro lavado de cara, ha perdurado hasta nuestros días. Me estoy refiriendo al concepto de evolucionismo.

No son objeto de análisis del presente artículo las implicaciones surgidas de la aparición del término en sus vertientes naturalista y/o biológicas, que dicho sea de paso están bien justificadas desde un punto de vista empírico, sino de aquellas referidas a su vertiente social y política; es decir, el llamado Darwinismo Social.

Cuando los pilares de la teoría evolucionista comenzaron a asentarse, desde las ciencias sociales se adaptaron sus líneas básicas de funcionamiento al estudio de las sociedades humanas contemporáneas. Si el concepto de selección natural y de supervivencia del individuo más apto tenían plena validez científica como se estaba demostrando, ¿por qué no se podría extrapolar a la realidad social contemporánea? ¿éramos acaso los Homo Sapiens-Sapiens diferentes al resto de criaturas de la Tierra? ¿tenía algún sentido que la Ley que regía el diseño de todas las especies vivas de nuestro mundo fuese solo válida para ellas, y no para nosotros?.

En base a la respuesta a estas preguntas, y en base al contexto histórico del momento en que eran formuladas (segunda mitad del SXIX), se abrió paso una nueva corriente de pensamiento político-social por la cual, los hombres y las sociedades competían entre sí por una serie de recursos finitos, algunos de subsistencia y otros de prestigio, y solamente aquellos hombres, y aquellas sociedades más fuertes saldrían victoriosos de la pugna, en virtud de su mayor aptitud, pereciendo los menos aptos.

Esta corriente de pensamiento surge en el contexto de la Inglaterra Victoriana de la época, con el colonialismo en pleno auge, y en seguida fue adoptada como ideología legitimadora de los anhelos expansionistas de las potencias coloniales. No hay que olvidar que en la base ideológica de esta corriente descansaban planteamientos legitimadores tales como que el hombre blanco era superior al resto, que las sociedades mal llamadas “primitivas” contemporáneas eran sociedades sin evolucionar cuyos individuos no tenían capacidades cognitivas equiparables a la de los hombres occidentales, o que era un deber ético y cuasi-divino el someterlos bajo el mandato de sus Imperios, adoptando una perspectiva incluso paternalista.

Tras varias décadas en la que los propios estudios de evolucionistas se encargaban de mostrar la complejidad en la organización social de aquellas comunidades nativas, en ocasiones incluso, la mayor complejidad de su léxico y estructura gramatical, o su gran capacidad de adaptación al entorno ecológico, una adaptación basada en el aprendizaje de estrategias complejas de aprovechamiento de los recursos, finalmente se empezó a imponer el sentido común, y hubo un cambio de paradigma hacia lo que se dio en llamar “unidad psíquica de la humanidad”.

Este novedoso concepto – como fácilmente se puede adivinar – consiste en la afirmación demostrada y demostrable de que todos los humanos compartimos unas estructuras psíquicas inherentes a nuestra especie, y por lo tanto comunes. Es decir, los hombrecitos de las lanzas y los arcos no eran inferiores desde un punto de vista cognitivo. Si a uno de ellos lo educabas en la Inglaterra Victoriana desde su más tierna infancia, prepararía el Té igual que el resto de Ingleses, y lo que es más importante, se lo tomaría a las 5 de la tarde con puntualidad inglesa. Ello no rechaza las diferencias individuales entre individuos, pero éstas son intra-especie, no interraciales.

Con este nuevo paradigma de pensamiento social, el escenario político cambió: ya no era necesario ni ético el invadir y someter a otras sociedades en virtud de su raza. Si con anterioridad se entendía que el Estado no debía dar prestación social a sus desempleados, o aquellos ciudadanos sin recursos, ya que era ir contra la Ley natural de la supervivencia del más apto, con el cambio de paradigma se desarrollaron políticas estatales de prestación por desempleo, de asistencia sanitaria, y de educación obligatoria, que sin duda fueron la antesala de lo que hoy conocemos como Estados del Bienestar.

En definitiva, comenzó a instaurarse un nuevo paradigma cuyas líneas básicas han llegado hasta nuestros días sin apenas haber sufrido modificaciones. Hoy en día prácticamente ningún ciudadano apoya que un país invada a otro, con el objetivo de arrebatárle la propiedad y explotación de sus recursos naturales... ¡sería un escándalo!, y aunque en ocasiones entendamos algunas guerras contemporáneas como guerras por el control precisamente de dichos recursos energéticos finitos, no existe una propaganda

oficial por parte del país invasor que así lo afirme, y mucho menos que lo afirme como justificación legítima.

No obstante, los recursos siguen siendo finitos pese al cambio de paradigma, y los Estados deben de luchar por ellos si quieren mantener su estatus-quo. Pero si no lo pueden hacer mediante guerras convencionales por ir en contra de las líneas básicas del nuevo paradigma social, ¿cómo hacerlo de manera que no levante tantas sospechas y que sea, en el peor de los casos, igual de rentable? Reformulando la pregunta de otra manera: ¿cómo sustituir el Darwinismo social por otro paradigma social que cumpla la misma función, y que lo haga de manera que su legitimación no se resienta? La respuesta es un término que hemos oído tantas veces en los medios, nos lo han naturalizado, instrumentalizado y legitimizado en tantísimas ocasiones, que forma parte ya del léxico inserto en nuestras estructuras cognitivas de pensamiento, y que del mismo modo que ocurre con paradigmas anteriores, algún día la humanidad se avergonzará de sí misma por haberlo acunado durante parte de su histórico devenir: hablamos del neoliberalismo.

El neoliberalismo es el Darwinismo social de la economía. Según sus planteamientos, los mercados se regulan solos, sin la intervención de ningún agente exterior, porque ya existe alguien que los regula... es invisible pero está ahí: la famosa mano invisible de Adam Smith. En el neoliberalismo no deben haber injerencias por parte de los estados en los asuntos económicos, estos son dirimidos por los propios agentes del mercado. Sin embargo, existen múltiples problemas de adoptar esta perspectiva.

La primera es que al otorgar todo el poder al mercado, éste se erige en protagonista absoluto de la economía, y aparece un problema de representatividad: el capital de los mercados no está distribuido uniformemente entre los agentes que lo forman, es decir, si una minoría de un 1% de los agentes económicos controla el 95% del capital en movimiento en un mercado, ese 1% de agentes regulará - por mayoría de capital - al 99% restante. Marcará las reglas del juego que le resulten más beneficiosas, y asegurará bajo regulaciones su posición dominante en el mercado.

Por otra parte, la mano de Adam Smith no es que sea invisible, es que realmente no existe. Si algo hemos aprendido de la crisis económica global es que los mercados no se comportan como predecía Adam Smith. Sobrepassado un umbral (peak) no se autorregulan, se autodestruyen. Pero claro, ahí es donde entran en juego los creadores e inductores del nuevo paradigma social, los Estados. Y entran en juego de una manera aún si cabe más paradójica que la propia existencia de este paradigma: Los rescatan financieramente para una vez reinstaurado el status-quo anterior, retirarse de escena con el objetivo de no entorpecer la divina “acción invisible auto-reguladora” del mercado, que aunque ya haya fallado alguna vez, mantiene intacta su credibilidad.

Alguno de ustedes me podrían rebatir con el siguiente argumento: hemos vivido durante muchos años en un país con un muy buen nivel de vida. La gente ha adquirido bienes como nunca antes había hecho hasta la fecha. El (primer) mundo ha prosperado en las últimas décadas alcanzando grados de bienestar social nunca antes experimentados. Perfecto, y ahora pregunto yo: ¿y el tercer mundo? Nunca antes en la historia de la humanidad hubo una brecha tan grande entre el primer y el tercer mundo. Mueren 20.000 niños al día por desnutrición en los países del tercer mundo, y 35.000 entre niños y adultos, diariamente. Un 15% de la población mundial consume el 85% de los

recursos naturales (hídricos, materias primas, tierra, alimento...). ¿es acaso una casualidad? Por supuesto que no. Nuestra abundancia es su pobreza. Lo que estamos haciendo desde el primer mundo es adueñarnos por la vía mercantil de esos recursos. Estamos practicando un Darwinismo social encubierto mediante políticas neoliberales. Ejemplos se podrían poner muchísimos con datos bien contrastados. No es ese el objeto de este artículo, pero no me resisto a poner el ejemplo del famoso “Dumping”.

El Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, entidades supranacionales y neoliberales que se encargan de marcar las políticas a seguir por todos los países del mercado globalizado, bajo amenaza coercitiva de sanciones y bloqueos, que solo responden al interés general de las multinacionales y Estados a los que representan, legisla y ejecuta una política de subvenciones a la exportación de la producción agrícola europea y norte-americana. Junto a esta medida toma otras medidas complementarias como el fijar aranceles a las exportaciones de determinados productos de países en vía de desarrollo. Y ello lo hace con el objetivo de que la producción del país pobre no tenga ventaja competitiva en el mercado local (Europa), y al mismo tiempo, la producción local europea se haga con el cuasi-monopolio del mercado local del país en vías de desarrollo. Pongamos un ejemplo de ello: Ecuador.

Ecuador es uno de los países del mundo con una mayor superficie dedicada al cultivo del Cacao. Me comentaba hace unos días un compañero ecuatoriano que en Ecuador solamente aquellas personas con un poder adquisitivo muy por encima de la media pueden consumir chocolate local, y el resto consume chocolate europeo... ¿como se llega a esta situación? Habría que preguntar a la Organización Mundial del Comercio, pero ahorraré el trámite y lo contaré yo.

Los exportadores de cacao ecuatoriano tienen que pagar unos aranceles tan abusivos, que no tienen competitividad en el mercado europeo. Sin embargo, el chocolate europeo llega a Ecuador en forma de producto terminado a coste por debajo del precio de producción. ¿cómo es posible esto? Gracias a las subvenciones a la exportación dictadas por la OMC y aplicadas a las empresas europeas. ¿Cuál es el resultado? El chocolate europeo va desplazando paulatinamente el chocolate Ecuatoriano, hasta que este termina por cesar la transformación de la materia prima en producto final, y se dedica a exportar el cacao sin procesar a precio de saldo, que es lo que ya está ocurriendo allí desde hace años. Justo, ¿verdad? Pues así funciona toda la economía globalizada... y entonces llegamos al famoso término de “distorsión estructural de la economía”, que describe aquellas situaciones en las que un país ve salir su materia prima a precio de saldo, sin dejar por ello beneficios cuantiosos, cuando el producto es vendido infinitamente más caro en los mercados centrales, es decir, los del primer mundo.

¿Qué conlleva todo este sistema mercantil en aquellos países en vías de desarrollo? Nunca saldrán de esa situación de subdesarrollo. Las elites políticas y mercantiles locales serán más ricas, y los campesinos y productores a pequeña escala serán cada vez más pobres. Muchos de estos países llevan décadas tratando de desarrollarse sin obtener apenas resultados perceptibles ni a nivel macro, ni mucho menos a nivel micro.

Lo mismo ocurre – en otra escala, por supuesto – en los países del primer mundo. En los países anglosajones neoliberales, principalmente en EEUU pero también en el Reino Unido, el sociólogo Kerbo encontró que la brecha entre los ricos y los pobres tendía a crecer. Es lógico. En un sistema económico en el que las grandes corporaciones no

encuentran ningún tipo de traba para absorber al más pequeño, el panorama económico y el propio tejido productivo se encuentra cada vez menos atomizado y cada vez más centrado en un número menor de empresas y multinacionales, que cada vez controlan un mayor porcentaje del PIB. Esto lleva ocurriendo años en países neoliberales del primer mundo, y se ha acuciado con la crisis que nos toca vivir en nuestros días.

Sin embargo, los países nórdicos de Europa, principalmente Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca, aun perteneciendo al mercado global neoliberal, han sido históricamente menos reacios a intervenir (sus Estados) en asuntos económicos, y en regular los mercados locales. Curiosamente en estos países las diferencias entre personas con rentas altas y con rentas bajas es bastante menor que en los países anglosajones, que aun siendo más ricos en términos absolutos, distribuyen su riqueza entre menos “manos” que en el caso “nórdico”.

En conclusión, el paradigma político-social del darwinismo social no ha sido erradicado de nuestro bagaje cultural, sino que ha sido rediseñado para buscarle una nueva ubicación menos visible para las masas que lo desearon, sin perder un ápice del valor instrumental que lo encumbró en el siglo XIX. Con su nuevo posicionamiento dentro del engranaje económico conocido como “El Libre Mercado”, sus bases y redes de acción se han visto incluso incrementadas con respecto a sus primigenias.

Debemos dar el paso hacia un nuevo paradigma social, político y económico, en el que prime la dimensión social y la dimensión ecológica. Hemos oído no en pocas ocasiones que con el ratio de consumo de los países industrializados, necesitaríamos hasta cuatro planetas Tierra para poder soportar un crecimiento simétrico sostenido del conjunto de la humanidad. Evidentemente, no podemos mantener nuestro ratio a costa del grupo de países del tercer mundo, que además, hablando en términos estrictamente demográficos, representan hasta el 85% de la población mundial.

Debemos, por lo tanto, proyectar un nuevo tipo de modelo en el que la maximización del beneficio no sea el único y principal objetivo. La implementación de sistemas de control y minimización de la huella ecológica, de protección social, de sostenibilidad financiera, de des-mercantilización de la política, de participación democrática directa, y de redistribución simétrica de la riqueza son ineludibles si queremos asegurar un futuro de justicia y paz social.

El gran problema con el que nos encontraremos al llevar a cabo esta labor de sustitución de paradigma es que, como ocurre con todos los paradigmas, existe una robusta estructura de acción al servicio del viejo paradigma (estructura de control). Esta estructura está formada en la actualidad por “lobbies” financieros cuyos tentáculos abrazan todos los espacios estratégicos necesarios para el cambio: medios de comunicación, partidos políticos, emisores de moneda (entidades bancarias y gobiernos), entidades supranacionales de emisión y control de la deuda externa (FMI, BCE, OMC etc.) etc.

Por consiguiente, dicho proceso de cambio es en la actualidad inviable desde dentro del sistema. Debemos conducirlo desde fuera del mismo. Debe ser la sociedad la que vaya tomando conciencia de la realidad económico-político-social en la que vivimos, de cómo hemos llegado a ella, de que problemas éticos y de redistribución conlleva, y de cómo debemos mejorarla. Solo de esa manera, desde abajo, desde lo particular a lo

general, desde lo emic hasta lo etic, podremos avanzar juntos en esta labor y alcanzar los objetivos que garanticen la existencia de una verdadera democracia y de una verdadera justicia social.